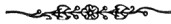


LA VEDA.



(HISTORIETA RURAL)



En la casería *Istingorri*, todo eran preparativos, porque el amo había enviado á decir que al día siguiente iría á merendar con toda su familia.

El casero igualaba con la azada un trozo de terreno sito enfrente de la casa bajo una frondosa arboleda, elegido para que se colocara la mesa y con objeto de que ésta no se tambaleara; la casera afanábase en los quehaceres domésticos preliminares de una visita tan importante; los chiquillos corrian de aquí para allá persiguiendo á las aves á fin de escoger las que habian de ser sacrificadas; y hasta la abuela á pesar de sus muchos años contribuía fregando cazos y sartenes al extraordinario trabajo que el memorable acontecimiento ocasionaba á los habitantes de la mencionada casería.

El hijo mayor, un muchachuelo de diez y siete años que veía estos preparativos desde la heredad en la que con su hoz estaba cortando hierba, deseó asociarse á la fiesta y queriendo aportar alguna cosa á ella para hacerse simpático al amo y dadas sus aficiones cinegéticas, cogió la red en la mano y el instrumento del reclamo entre los dientes y echó á andar por la jurisdicción adelante.

La época primaveral había atraído por aquellos contornos una crecida bandada de codornices y el muchacho experto en sumo grado en aprisionarlas, en cuanto halló terreno apropiado á sus fines tendió cautelosamente la red y acurrucado en un extremo de ella sin apenas moverse comenzó á soplar suavemente en el reclamo.

Como estaba agachado y el suelo era en aquel paraje muy desigual nada podía divisar á dos pasos de distancia, por otra parte innecesario, porque la codorniz cuando acude al reclamo vuela desde lejos á meterse incauta bajo la red que ha de aprisionarla.

Al cabo de algun tiempo el cazador obtiene contestacion á su canto, al principio un poco lejana; aviva el sonido, la contestacion se oye cada vez más próxima; redobla el muchacho sus esfuerzos y la codorniz parece ya por fin hallarse inmediata.

En este supremo instante diríase que el jóven estaba muerto, pues ni los latidos de su corazon se sentian.

De pronto, la codorniz aparece sobre el malecon á unos diez metros delante del cazador; es un magnífico ejemplar de guardia civil con su reclamo en la boca, del cual salen los sonidos que han hecho creer al muchacho que su canto era correspondido por la tierna ave-cilla.

El guardia sin detenerse un momento corre donde está el cazador y antes de que éste pueda hacer el menor movimiento le apresiona en sus propias redes. Mientras el otro guardia que habia ido á cortar la retirada se presenta por detrás y entre la pareja llevan detenido al cazador furtivo.

El amo, que á juzgar por los preparativos que hacian para recibirle los colonos de *Istingorri* habrá adivinado el lector era de los de corazon sensible, que se dejan enternecer por los lloriqueos y rasquera de cabeza de los caseros, no quiso que la merienda tuviese su lado triste y pagó la multa á la que el muchacho se hizo acreedor por cazar sin licencia y en tiempo de veda.

A la siguiente semana el agradecido muchachuelo llevó á su protector media docena de hermosas codornices que habia cogido en el mismo sitio donde él habia sido cazado.

ALFREDO DE LAFFITTE.

